EL PUEBLO

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO, DEFENSOR DE LAS CLASES JORNALERAS

REDACCION Y ADMINISTRACION

Sacramento, 69, bajo.

SE PUBLICA TODAS LAS SEMANAS

DIRECTOR: RAMÓN LEÓN MÁINEZ

RESERVA

En Cádiz—Una peseta al mes.
Fuera—Tres pesetas por trimestre.
Número suelto CINCO centimos

SIN ESPERANZA

Hace ya algún tiempo, cuando la serie de infortunios Jeseacadena los contra España, cuyo doloroso prólogo fué el terrible naufragio del *Reina Regente*, había llegado a un período álgido, decía con su acostumbrada clarividencia, un joven e ilustradísimo Doctor (que es una verdadera gloria de Cádiz), al ver la verdadera indiferencia con que el pueblo español sufría tantas vicisitudes, producidas en su mayoría por la ineptitud y las torpezas de sus gobernantes, que de nosotros había que decir, lo que dijo Lor Byron de los griegos, cuando tuvo que abandonarlos, al ir por segunda vez a Atenas para defenderlos con toda su alma y ayudarlos a conquistar su independencia.

Un tanto exagerada se nos figuró entonces la referida apreciación (que no consignamos por ser muy conocida) porque achácabamos esa indiferencia al natural aplanamiento que no podía menos de producir, aun en el pueblo más viril del mundo, un inesperado pero violentísimo aluvión de desastres incomprensibles.

Pero el tiempo ha pasado y al ver que esa indiferencia reviste proporciones cada vez más alarmantes, hasta constituir una situación verdaderamente inverosímil, no hay más remedio que confesar que tenía razón nuestro ilustrado amigo el Doctor de referencia, y que cabe perfectamente preguntar si el pueblo español de los actuales días, es descendiente de aquel, no digamos ya del 2 de Mayo de Zaragoza y Gerona, sino del que en 1868 hizo saltar hecho pedruzcos al vergonzoso trono de Doña Isabel de Borbón.

Porque no se trata aquí de la prudencia y calma que debe tener todo pueblo después de una catástrofe con el objeto de reponer las perdidas fuerzas para ganar lo perdido en no lejanos días, sino de una mansedumbre rayana en servilismo, á todos los draconianos actos de nuestros gobernantes que nos vilipendian y llenan de oprobio ante todos los pueblos de Europa; que ven asombrados cómo puede degenerar un pueblo, cuyo pasado lleno de gloria ha desaparecido en brevísimo período, como débil arista empujada por una rafaga de aire.

Bien que sufriríamos con viril resignación desastres inevitables; por más, repetimos, que la gran mayoría de ellos tengan un origen en nuestras propias torpezas; pero de eso á sufrir con estóica resignación los continuos fatigazos con que nos azota el rostro la reacción triunfante, hay un verdadero abismo que se debe salvar si hemos de seguir figurando entre los pueblos dignos.

Hay, pues, que dar señales de vida; hay necesidad de demostrar que no somos un pueblo de anémicos degenerados, haciendo constar al menos nuestra protesta respecto de la manera como son tratados los españoles por esos pseudo-políticos que tenemos la desgracia de padecer y tolerar.

Es preciso, pues, que cesen esos continuos atentados contra la propiedad ajena, que se efectúan desde las alturas del poder, con completa impunidad, como resultan el decreto sobre clases pasivas militares de Ultramar y el gravamen de todas clases de impuestos sobre la propiedad, la industria y el comercio, cosa que no se llevaría á cabo por su enormidad ni por el vecino imperio marroquí.

Es necesario que el país se convenza de que es completamente imposible seguir pagando millones y millones de pesetas para el sostenimiento de una familia feliz, la cual al tener que abandonar á España por cualquier circunstancia inesperada, se retirará á mandíbula batiente de un pueblo, que no obstante estar empobrecido á la altura de Job, ha visto con indiferencia como se dejaba explotar, para que con el dinero de sus hijos pudiese asegurar su porvenir.

Es preciso también hacer algo por contener esa horrible reacción que nos deshonra, y que en la reciente reforma sobre la enseñanza nos ha puesto completamente en ridículo ante todos los pueblos cultos.

De otra manera, de continuar en este estado, si no damos señales para enmendar el pasado en este nuestro desgraciado país, habrá que

abandonar toda esperanza, y estar preparados para los nuevos y próximos desastres que inevitablemente reserva el destino á aquellos pueblos que han perdido toda noción de dignidad, decoro y patriotismo.

Banquete republicano

El viernes pasado se efectuó en Buena Vista el que dedicaban al diputado señor Marengo los concejales republicanos electos, sus amigos y correligionarios. El acto fué muy importante por su significación y por los elocuentes brindis pronunciados.

Fueron muy aplaudidos, sobre todo, los de los señores Riosoco, Francos, Ruiz Mateos y Marengo.

El director de *EL PUEBLO* no pudo asistir al banquete, como deseaba, por hallarse en Jerez.

Nos adherimos en un todo á los propósitos laudables de los iniciadores del banquete.

Notable edición de "El Quijote"

Barcelona es la ciudad de España donde se publican las mejores y más lujosas ediciones de la obra inmortal de Cervantes.

Recientemente se ha estampado otra, que no cede en mérito á las anteriores. Está hecha por la acreditada casa editorial de Seix.

El texto de Cervantes ocupa dos tomos, magníficamente impresos, con un discurso preliminar de nuestro querido amigo D. José M.^o Asensio con observaciones oportunísimas y datos de importancia.

El tercer tomo contiene un juicio comparativo de varias ediciones con un ejemplar de 1605, que supone don Feliciano Ortego que contienen anotaciones, acotaciones y correcciones de puño y letra de Cervantes; estudio curiosísimo por mas que no sea posible aceptar las conclusiones del señor Ortego.

La edición contiene muchas láminas de verdadero mérito que representan escenas de *El Quijote*.

Los tres tomos, lujosamente encuadernados, cuestan 50 pesetas, habiendo la facilidad de poderlas abonar en cuotas mensuales.

El representante en Cádiz de la casa editorial es el activo e inteligente librero D. Federico Lybel. La edición del Sr. Seix ha sido acogida en Cádiz con gran cariño y predilección, y lo merece.

Es una obra digna de figurar en la biblioteca de toda persona estudiosa y de buen gusto.

LOS GOBERNANTES DE ESPAÑA

El gran desearo de Sagasta

Otra vez se prepara para ser gobernante el señor Sagasta, según acaba de hacer público.
¿Hasta cuándo ha de estar Vd. abusando, Sr. Sagasta, de la paciencia nacional?
¿No se cansa usted de mandar después de tantos fatales años en su alternativa del poder?
¿No son bastantes los desastres y ruinas experimentados durante su mando en esta desgraciada nación?

¿Qué más esperan políticos como Vd. de ella? ¿Si ya no podemos más! ¿Si ya es imposible resistir á ustedes por más tiempo!

¡Ah! sagastinos y silvelistas y todos los demás que os moveis en esas alturas borrascosas por vientos encontrados y reinantes sin poder mirar abajo á los del valle! Oíd alguna vez los clamores de la opinión. Nosotros os miramos mejor desde aquí abajo al través de nuestras tristezas y presentimientos.

Formais parti'os para vosotros mismos, sin elevación de miras ni pensamiento nacional.

Esto está perdido; y perdido para siempre si España no reacciona sobre sí misma hacia un nuevo ideal que la redima y engrandezca.

Yo no he pertenecido á ningún partido reinante. Yo no he tenido ni tendré jamás empleo alguno; yo no tengo más cruz que la de contribuyente; y lo declaro así para que nadie crea que hablo por egoísmo personal.

Da fatiga leer el último discurso de Sagasta á su minoría fusionista, donde se queja de la falta de sinceridad en las últimas elecciones, ofreciendo... premiar á sus derrotados. ¿Conqué los piensa premiar? Con algún acta. Así está el sufragio y así está todo. Estos son los hombres de gobierno. A estos hombres confiamos los destinos del país.

El mismo declara habernos llevado á una derrota segura y á sabiendas. ¡Esto es horrendo! La nación que aguanta esas cosas no merece tal nombre. De modo que para un simulacro ficticio, nos hundieron en los mares en dos medias horas nuestras dos escuadras. ¿Luego se sabía que se iban á entregar Santiago y nuestros 250.000 soldados dejando allí para siempre nuestro honor y nuestro prestigio militar aniquilados? ¡Esto es inconcebible! Esto es monstruoso, horripilante, atroz!

Comprendo que Castelar haya muerto. ¿No había de enfermar y morir de pena aquel corazón patriota? ¡Pobre mártir de la patria! Todos tenían la esperanza puesta en él. Ya no nos queda más que la desesperación y el desaliento.

Si el hombre del tupé sabía que íbamos á una derrota (por qué no lo dijo con toda verdad, evitando vergüenzas, sangre y llanto? ¿Por qué no dijo á la patria y al mundo entero: nosotros no podemos aceptar la guerra con una nación mucho más grande y más rica que la nuestra: nosotros no tenemos cañones, ni barcos, ni dinero, ni marina, ni bien organizadas fuerzas? Nosotros no podemos sostener por más tiempo á nuestros hambrientos y valientes soldados. Carecemos de municiones y de carbón y de todo.

¿Cuanto más honroso hubiera sido esta sencilla y verdadera declaración que aceptar una guerra ridícula por lo desigual; fatalísima por los resultados! ¡A cuántas reflexiones da lugar esto! ¿Cuántos padres sin hijos! ¿Cuántos millones gastados! ¿Cuántos barcos hundidos sin su natural defensa! ¡Pobre Castelar! Jamás olvidaré cuando me decía: «Estoy triste, querido Regino; los desastres de la patria me quitan la vida.» Sí, ¡Castelar! Tú idolatrabas á esta patria tan abatida; para ella eran todas tus predilecciones, toda tu alma.

Amigos muchos y entusiastas te sobreviven, admiradores de tu talento, discípulos fervorosos de tu enseñanza, que procurarán realizar tus redentores intentos para la dignificación y grandeza de tu adorada patria.

R. AYALA.

R. PASITOS

JULIETA Y SU NIÑO

Sor Julieta vió al fin cumplidos sus deseos. Su niño Jesús, el que parte los corazones, salió á pasear el jueves pasado por la tarde.

Ya recordarán ustedes que dijimos que lo sacaría á tomar el fresco. Fué llevado como de ocultas á San Antonio, y de allí salió en público, ya al caer la tarde con el fresquito.

A pesar de todo el cuidado con que se había preparado la comedia, la cosa resultó bien pobremente. No llegarían á cuarenta personas las que iban de comparsa en aquel conato de procesión donde todo era chiquitito y remonono.

El Niño de Julieta, que tiene una cuarta de alto, iba metido en su urna de cristal, como los niños de la misma clase que tienen en algunas casas por adorno encima de las cómodas ó las mesas de sala.

En nada se diferencia el niño de la Julieta de los demás niños Jesús. Ni es más bonito, ni más gracioso, ni más alto, ni mejor hecho, ni más prodigioso. A pesar de ser un regalo de Singapore, el pobre niño no vale tres comines. El mérito, la nobleza, la gran fama que se le atribuye, todo es

obra de la propaganda milagrifera de su ama doña Julieta, que es aquí la madre del borrego.

Julieta cree que el gran milagro de su niño ha sido poder levantarlo y abrirle una capilla para su uso particular; pero si todos los milagros que ha hecho son como ese, que se lo claven en la frente. El milagro lo ha hecho Julieta, por la cuenta que le viene. Ella tenía una botica y quiso tener una capilla. Y como para sostener la primera necesitaba un regente y las drogas necesarias, para la segunda se bastaba ella sola, y por cuestión de economía ahorcó la botica y se hizo santera. Para la nueva industria no precisaban regente ni medicinas. Ella podía serlo todo: boticaria, regente, mancebo, sirviente, criada. Todo el toque consistía en tocar la tecla del fanatismo y sacar los cuartos. El niño de Singapore que le habían regalado fué el instrumento, consolador de su felicidad.

¿Qué de milagros... de boca hacia el muchacho! ¿Qué competidor más temible le salió al Cristo del Polvorín! ¡Y sobre todo qué de cuartos, qué de reales, qué de duros cayeron en la gaveta de la nueva inspirada fundadora! No sólo le dieron dinero para hacer una capilla, sino para que fuese propietaria de la casa de junto y hasta de una casita (de recreo creo que será) en Puerta Tierra. El dinero no será suyo; será de doña Engracia (á cuyos sobrinos les está costando caro el niño Jesús) ó de otras ó otras respetables amigas suyas.

Y vean ustedes por dónde venimos á sacar en claro que los milagros de su niño, hay que atribuirlos á los verdaderos obradores de ellos; es decir, á los cuartos de doña Joaquina, doña Mariquita, doña Amalia, doña Sinfoniana ó doña Engracia, que es, entre todas, la que tiene más gracia en eso de soltar motas.

Los milagros que haya hecho el niño de Julieta se ignoran. Solamente su dueña los sabrá, y algún día es posible que se publique un librito refiriéndolos, lo cual sería de gran regocijo para la gente que se rie de estos embrollos de la piedad cándida de algunos pobres espíritus sugestionados por beatas más ó menos positivistas, que toman estas cosas como cuestión utilitaria.

No sabemos, nó, como decimos, qué milagros son los que ha hecho hasta ahora ese pequenuelo Jesús de Singapore que tiene el alto de un alféique.

Lo que sí podemos asegurar es que, cuando ha debido hacerlos, no los ha hecho.

De esto sitenemos datos. Ya irán saliendo á luz para admiración de las gentes.

Doña Julieta parece que es muy económica. Almuerza y come de gorra siempre que puede (y es la mayor parte de los días del año). Y como que es tan económica, quiere también que vivan económicamente los estómigos ajenos. Nos han referido que Julieta tenía una criada (que tal vez la tenga todavía) á la que dáselo un rincón de casa. La comida no se la da ella; la recibe ó va á recibirla de la menestra que reparten los vagos de San Francisco. Y sin calentarla, tiene ó ha tenido la pobre mujer que comérsela, pues no permite Julieta el lujo de encender candela, puesto que ella come fuera, y á la criada la puede partir un rayo.

Y aquí tienen ustedes lo que yo decía: ¿qué hace entonces ese niño de Singapore? ¿Por qué no hace un milagro que sea sonado; un aviso saludable hasta para su misma propietaria?

¿Por qué no hace, pongo por caso, que la hornilla se encienda por sí sola, que la menestra se caliente, que aquella bazofia se convierta en manjar suculento y regalado? ¿Por qué no hace que á Julieta se le atore una espina ó se le atragante un hueso cuando manduca ricos bocados en las casas donde la convidan, ni á sus su pobre criada (ó mejor dicho, esclava) queda abandonada y casi hambrienta?...

¿Para cuándo guarda sus milagros ese angelito?...

¿Por qué consiente también, sin visible enojo, como si fuese un pedazo de pasta ó de madera y de nada pudiera enterarse; por qué consiente que Julieta se beba la mayor parte de la leche que le regalan en bonos para que los reparta entre pobres necesitados? ¿Por qué no hace que esa leche se le vuelva solimán?

¿Valiente leche!

Vamos á ver; si ese niño es tan milagroso, como dicen, ¿por qué consiente que Julieta pague á algunas infelices que van á limpiar los suelos de su casa con bonos de las concepcionistas, en vez de darles á cada una ocho reales diarios?

¿Qué hace ese niño entonces? ¿Por qué en un momento de indignación no deja convertida en estatua de piedra á Sor Julieta, como símbolo de la dureza de su corazón? ¿Por qué no sale de la urna y agarra un látigo y hace una que sea mayor que la de San Quintín?...

Nada, hombre; lo dicho dicho.

Y Sor Julieta á la puerta de doña Engracia.

Cuando ese niño no ha hecho ya lo que debía haber hecho, es porque no hace milagros ni en su trechera vida los ha hecho.

Es que ese niño no va á ninguna parte.

ESTUDIO CRITICO

(DE NUESTRA OBRA EN PUBLICACIÓN CERVANTES Y SU ÉPOCA)

La Justicia en tiempo de Cervantes

FORMA Y PRÁCTICA DE PROCESAR

1

Necesario y conveniente parece que antes de examinar con la detención debida el proceso que se siguió á Cervantes en Valladolid, demos noticia y conocimiento exactos acerca de la forma de procesar en España al comenzar el siglo XVII, leyes que debían ser observadas, preceptos á que habían de atenerse jueces y escribanos, y cuáles eran las costumbres y hábitos de la curia, las prácticas, errores y vicios de instruir las causas en aquellos tiempos; único modo de llegar á comprender, con toda claridad y sin prejuicios, cómo se administraba entonces justicia.

A exageraciones de la sátira social tal vez se acañen las acerbas censuras que así Cervantes como Quevedo hicieron en sus obras inmortales respecto de la manera deficiente, interesada y criminal como se cumplían entonces las leyes. No hay, sin embargo, exageración, sino fidelidad maravillosa en la pintura, en haciendo un exámen minucioso de los hechos.

Procedían á capricho ó por móviles rastrores guiadas, las personas que más obligación tenían de guardar y venerar los legales mandatos. La justicia degeneraba muchas veces en venganza ó arbitrariedad si se trataba de pobres; en inmundicia y ocultación cuando mediaban ricos, favores é influencias. Vendíanse jueces, escribanos y tribunales al mejor postor. No era el derecho el que prevalecía, sino la codicia y la injusticia las que como dueños absolutos imperaban. Abundaban con exceso leyes y pragmáticas; pero resultaban, por los vicios mismos del procedimiento, inútiles y nulas. De poco sirven las más justas si en la práctica no han de cumplirse. «Lo mismo que si nó lo fuesen», son entonces, en frase de Cervantes, feliz como todas las suyas. (1)

Desde antes que el gran escritor viviese (ley V, título VI, libro 2.º de la *Novísima Recopilación*) eran cuatro los alcaldes de casa y corte que entendían en los asuntos criminales.

La forma de procesar y seguir las diligencias sumariales se expresan en la ley VI del mismo título y libro, á fin de que cesasen las dudas que muchas veces tenían los alcaldes de casa y corte, de la forma y orden de la forma y orden del conocer y proceder en las causas de esa índole.

Cuando los alcaldes de casa y corte, todos ó alguno, tuviesen conocimiento de un hecho ó causa criminal, ó viniese ante ellos, uno bastaba para recibir la querrela ó acusación que se diere por persona que estuviese en la corte; el mismo alcalde, que hacía veces de lo que hoy llamamos juez instructor, podía recibir las informaciones necesarias y mandar prender. Pero luego ya no era exclusiva incumbencia suya seguir por sí solo las actuaciones.

El escribano que intervenía en la causa, estaba obligado á poner inmediatamente en conocimiento de los otros jueces los hechos. Desde ese instante los cuatro alcaldes debían conocer de todo, no pudiéndose ocultar nada por ningún motivo.

Puesto el reo en la cárcel, había que tomarle declaración, con juramento según mandaba la ley de Partida, preguntándole si quería decir algo en guarda de su derecho. Si la contestación era afirmativa, se le daba el traslado de la querrela, denuncia ó pesquisa porque estaba preso, advirtiéndole que dentro de tres días dijese y alegase de su derecho, y si no tuviese letrado el preso, y lo pidiese, le fuese dado por los dichos alcaldes. Si el delincuente era pobre, se le facilitaba gratuitamente abogado y escribano. Los jueces proseguirían entre tanto las averiguaciones haciendo lo que debieren con justicia, que muchas veces concluía en todo lo contrario, á pesar de las advertencias prudentes de la ley. Aplicábase el tormento á voluntad de los jueces, según el sistema bárbaro entonces en uso.

Respecto de los crímenes cometidos en la corte y cinco leguas en derredor, cuando el delincuente se fugaba ó por estar ausente, disponía la ley VII del mismo título, que los alcaldes procediesen á hacer la información indispensable para averiguar y castigar el delito, y que el reo fuese pregonado en el espacio de nueve días por tres emplazamientos de tres en tres, (estos pregonos, dice el texto, hagan tanta fuerza y vigor como si en presencia fuesen emplazados los reos ausentes) sin acusar rebeldía hasta que espirase el plazo. Cuando el reo no parecía, fenecido el término, se tenía el pleito por concluso, continuándolo en rebeldía con los estrados, cesando los emplazamientos y pregonos.

Desde el año de 1584, por la pragmática de Felipe II, dada á 12 de Diciembre de 1585, que informa la ley XVI del ya citado título 6.º, libro 2.º, se introdujeron varias reformas en las antiguas para hacer más recta la administración de Justicia. Desde entonces se dispuso que de allí adelante hubiese

(1) «No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan vienen á ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella.» *Don Quijote*, p. II, cap. LI.

siempre en la corte seis alcaldes, número no fijado con tanta puntualidad anteriormente, ni deslindados sus respectivos cometidos y atribuciones como ahora se señalaban, hasta un punto minucioso en algunos casos.

De los seis alcaldes de casa y corte, cuatro habían siempre de conocer de todos los negocios y causas criminales y de cuanto á ellos y ellas concerniese, «sin que se pudieran entremeter ni entremezclar (palabras textuales) en el conocimiento de los negocios y causas civiles, aunque fueran de las que ante ellos pendiesen de presente.» Tomábase tal resolución para que los alcaldes que habían de intervenir exclusivamente en asuntos criminales, estuviesen más libres y desocupados para dicho fin y tuvieran más tiempo y lugar para inquirir, punir y castigar los delitos públicos.

Quedaron á su cargo, no obstante, varias obligaciones que antes y entonces desempeñaban, como inspectores de los mercados y en lo referente á los mantenimientos, en bien del público. Los otros dos alcaldes, que entendían solamente en los negocios civiles, estaban excluidos de cometidos semejantes, aunque después, desde 1600, como veremos, se hicieron varias alteraciones. No se introdujeron éstas en el sustanciar de las causas y negocios criminales, ni en el voto y determinación de ellos, lugar, tiempo, horas, orden y forma establecidos en las leyes anteriores sobre la materia, por estar en ellas proveído todo lo que convenía. Pero se dictaron nuevas disposiciones encaminadas á poner remedio y coto á deficiencias y abusos que había manifestado la experiencia.

Era uno de los más principales el largo tiempo que se tardaba en la tramitación, vista y conclusión de los procesos criminales, causando esta lentitud á los presos y deteniéndolos en los cárceles muchos días y costas, molestias y vejaciones, que á todo trance era preciso evitar. Particularmente se eternizaban las causas en que eran los delincuentes pobres, sobre tratarlos con evidente menosprecio y falta de caridad.

Mandóse muy oportunamente por la ley que citamos que los alcaldes tuviesen cuidado, en cuanto les fuese posible, con el breve despacho de los negocios, principalmente con el de los pobres; y se les encargaba á la vez que no trataran mal de palabras á los presos y personas que ante ellos litigaban, ni á sus abogados, procuradores y demás gente que iban y acudían á favorecer y solicitar sus asuntos.

Ordenóse á los alcaldes el mayor celo y vigilancia en prevenir y castigar los delitos públicos con precauciones para estorbarlos é impedirlos. Todas las tardes, que afecto se les dejaban desocupadas, habían de andar por las plazas y lugares públicos de la corte, visitando por sus personas, no por sus subordinados, las tiendas, los bodegones, los mesones y posadas, por acogerse en ellos gente forastera. No habían de olvidar algunas otras casas particulares y todos los demás sitios y lugares que les pareciere que convenía, donde entendieren que había tablas de juegos y se hacían otros pecados y ofensas de Dios. Primordiales deberes de estos jueces eran un gran cuidado en inquirir y saber los pecados públicos, y un celo constante en punirlos y castigarlos con el rigor merecido.

Mayor y más severa diligencia se les exigía por las noches. Siendo esas horas «las más aparejadas para los delitos», según las textuales palabras de la ley, por andar menos gente por las calles y poderse cometer con más seguridad de los que tratan de hacerlos, era menester imposibilitar las maquinaciones de la perversidad con las prevenciones salvadoras de la prudencia. Sabido lo criminal que la justicia andaba solicita para evitar y castigar los delitos, muchos se abstendrían de realizar sus nefandos hechos por el temor de la pena. Cada noche había de rondar un alcalde por su turno, empezando por el más antiguo, sin que esto se dejase de hacer ninguna por cualquiera razón ó causa, pues si algún alcalde no podía desempeñar el servicio por enfermedad ú otro impedimento justo, podría y habría de suplir su falta el siguiente á quien le tocase por turno. Si por cualquiera circunstancia tuviesen que salir á rondar todos cuatro alcaldes, debían efectuarlo desde luego, teniendo cuidado el que ó los que hubieren de hacerlo de verificarlo en las horas, partes y lugares que les pareciesen más convenientes y por donde más necesario fuera, puesta siempre la mira en despistar á los que intentaran cometer maldades á fin de que nunca supieran ni sospecharan el sitio fijo por donde habían de rondar, imposibilitando sus ardides y huidas; para lo cual, y el mejor éxito de todo, el alcalde que estuviere de servicio una noche había de informarse del que el día anterior hubiese rondado, quien podía suministrarle antecedentes ó indicios para persecución de los malos con probabilidades de acierto. Los alcaldes que fuesen de ronda habían de ir con los alguaciles y gente necesaria para el mejor desempeño de su comisión, acompañamiento de sus personas, buena guarda y ejecución de la justicia. A cuidado de los jueces quedaba el repartir la gente según y de la manera que mejor les pareciera para aprovecharse de ella en el cargo que llevaban, teniendo consideración á no ocupar más número de alguaciles de los que para cumplir el efecto á que salían juzgases necesarios, repartiendo los que sobraran para que rondasen por diferentes partes y lugares.

Con objeto de que los servicios de ronda se hiciesen con toda exactitud y eficacia, nombráronse

por el rey en 1585 ocho nuevos alguaciles de casa y corte, los cuales, so pena de privación de sus oficios, no habían de intervenir en hacer ejecuciones ni tratar de negocios civiles de ninguna clase. Tan solamente habían de atender á los criminales con toda vigilancia y cuidado y guardando en todo el orden que por los señores alcaldes se les fijara. Obligaciones ineludibles de dichos alguaciles eran inquirir y buscar los delincuentes y malhechores; dar cuenta y avisar á los alcaldes de todo lo que pareciere que exigía remedio; sin que por el cargo especial con que los nuevos ocho alguaciles estaban investidos, se creyeran los otros, dedicados á los negocios civiles, exentos de las funciones mismas investigadoras, en cuanto pudiesen y dieren lugar los asuntos en que intervenían, según sus oficios. Los nuevos ministros subalternos de justicia quedaban igualados desde luego á los demás alguaciles en todas las horas, gracias, exenciones, franquezas y libertades de que éstos disfrutaban. Se les autorizó también, para que con más diligencia y cuidado desempeñasen sus oficios (aunque esto dió lugar á repetidos abusos), á percibir un real de derechos por cada persona que justamente prendieran. Con objeto de impedir abusos y arbitrariedades de parte de los alcaldes en el ejercicio de sus funciones, ordenóseles que los curtos juntos ó cada uno de por sí diesen cuenta el jueves de cada semana al presidente de la chancillería de lo que en las rondas de la semana les hubiese sucedido, y digno de comunicarlo fuere, á no ser algún caso tal que conviniese dar cuenta de él tan luego como se efectuara.

Por pragmática de Felipe II del año 1599, que se publicó en 1600 (ley XVIII) se hicieron algunas aclaraciones y adiciones á la ley XVI, sin embargo de lo proveído en ella, para la más pronta tramitación de los negocios, así civiles como criminales. Mandábase que todos los seis alcaldes se ocupasen por las mañanas en las horas acostumbres en la vista y determinación de las causas criminales. Las tardes de los lunes, miércoles y viernes de cada semana habían de visitar los presos; excepto dos alcaldes, que se ocupaban en el exámen de las causas civiles en grado de apelación, y uno de ellos, el más antiguo, quedaba siempre reservado para ocuparse en la expedición de los negocios criminales, que por solo uno se podían despachar. Cinco alcaldes, cada uno con dos escribanos, habían de hacer audiencia de provincia las tardes de los martes, jueves y el sábado, después de la visita de los presos que hubieren hecho en la cárcel de corte los dos del Consejo, para intervenir en el conocimiento de los negocios civiles. El tiempo que habían de durar las referidas audiencias de provincia era de dos horas; desde 1.º de Octubre hasta fin de Marzo, de las dos á las cuatro de la tarde; y desde primero de Abril hasta fin de Septiembre, de las cuatro á las seis. En el caso de que alguno ó algunos de los cinco alcaldes que habían de hacer audiencia de provincia para tramitar los asuntos civiles estuviesen ausentes ó enfermos, los escribanos de sus juzgados debían acudir á los demás que quedasen, así para sustanciar los pleitos como para determinarlos, estando conclusos, para su más breve expedición. Y cuando faltasen dos ó más de los cinco alcaldes, el más antiguo tenía que asistir en lo tocante á lo civil de provincia hasta que cesase la causa ó impedimento de cualquiera de ellos.

Muy descuidados debían de andar los alcaldes de casa y corte en el cumplimiento de sus obligaciones más sagradas; muy menospreciados serían los legales preceptos, cuando en 14 de Enero del año 1600 fué preciso dar nueva pragmática, para que tan anómala situación tuviese término. Se llama en tan importante documento la atención de los señores alcaldes sobre la negligencia y remisión con que se procedía muchas veces, de lo que resultaban inconvenientes y se formulaban quejas que precisaba evitar en lo sucesivo para la recta y cabal interpretación, respeto y observancia de las leyes vigentes en olvido. Excitábase, pues, por el rey el celo de los alcaldes para que se guardasen las leyes del Título VI con las advertencias de la nueva (la XIX).

Continuaremos.
Ramón León Mainez.

Estilo... tradicionalista chinesco

Le o en un diario local:

«A la salida del tren descendente de ayer estuvo á punto de ocurrir una sensible desgracia (1) frente al Lazareto.

«Al pasar por allí el tren (2) cruzaba la vía una vaca que estaba al cuidado de una niña (3) de pocos años, á la que arrolló el tren, partiéndola materialmente por la mitad. (4.)

«La niña, al ver (5) que había sido arrollada la vaca (6) (fué acometida de un desmayo, (7) cayendo al lado de la vía (8) y en nada estuvo que también la alcanzara el tren (9) pues le pasó rozando con las ropas. (10.)

«En auxilio de la niña acudió la guarda de la línea (11) la que también estuvo á punto de ser arrollada; (12) pero por fortuna no sucedió así (13) pudiendo recoger á la niña, á la que prestó los auxilios necesarios hasta que volvió en sí.» (14)

(1) ¡A!; vamos, no llegó á ocurrir nada! ¡qué sustos nos proporcionan estos reporteros en su afán de dar noticias desagradables! Sigamos.

(2) Eso es, sí; por frente al Lazareto... tal vez sea el de Vigo... ó el de Mahón... ó cualquier otro... lazareto: adelante.

(3) ¡Ah, ya; allí en Lazareto se acostumbrará que las vacas sustituyan á las nodrizas... será ganado manso... ¡claro está! Pero,

de cualquier modo que sea, lo que es á mis niñas no las encomendaría yo así como así al cuidado de una vaca por mansa que fuera.

(4) ¡No lo decía yo! ¿A quién sino á esas madres de ese Lazareto se les ocurre encomendar sus tiernas niñas al cuidado de esas cornúpetas; y que no la partió así de cualquier modo ni como se quiera el malhadado tren, que lo hizo materialmente, por la mitad: ¡qué bárbaro...! ¡Pobre niña, víctima de las costumbres del Lazareto! ¡Veamos, veamos!

(5) ¡Cielos! ¿En cuál de las dos mitades estarían los ojos, porque si fué dividida en canal ó en raja, cada mitad se llevó un ojo... ¡digo; y que fué materialmente, según el propio reporter! ¡Claro! al ver esto la infeliz niña... veamos, veamos qué fué lo que ocurrió al ver semejante avería la niña...

(6) ¡Voto á tal! ¿Luego también la vaca fué acometida? Y ¿quién sabe si también materialmente partida por la mitad?...

(7) Luego de dividida por la mitad materialmente se desmayó la niña ¡hija del alma, pobrecita niña de Lazareto... es natural!

(8) ¿Las dos mitades?

(9) ¿Otra vez? ¡Qué coincidencia! A pique de fraccionarla ya en cuatro partes materialmente iguales...

(10) ¡Soplá! Pues no resultan esos trenes de Lazareto con sus ropas y todo... Pues si por rozar á uno, pongamos por ejemplo, la levita del tren, lo divide en dos materialmente, si le coje de lleno el cuerpo ó se invierno y lleva macpherlan... entonces lo hace polvo... ¡Dios nos libre de esos trenes vestidos á estilo de Lazareto!

(11) ¡Es claro! A recoger los pedazos por si tenía compostura...

(12) Si la guarda de la línea acudió al ver partir á la niña con el roce de las ropas del tren, es de suponer que al llegar el descendente la encontró embobada en la humanitaria faena de reunir los pedazos de la niña y por poco no hay que lamentar otra nueva división de la guarda...

(13) ¡Ah; vamos, respíro!...

(14) ¡Milagro, Señor, milagro! La guarda soldó á la pobre niña, recogió los pedazos materiales de la inocente y la hizo volver en sí...

¡Jesús! ¡Jesús mío! ¿Qué lío es este? el tren descendente del Lazareto parte materialmente por la mitad á la niña cui la la por la vaca... ya partida la niña, vé que la vaca, su guardiana es arrollada por el tren y quién sabe, quién sabe lo que sería de la pobre vaca... luego la infeliz niña partida se desmaya y cae desvanecida y hecha pedazos al lado de la vía estando en un tris de no ser de nuevo alcanzada por el dichoso tren, que le pasó rozando con las ropas... al ver, sin duda, la guarda de la línea á la niña ó á sus pedazos ya casi envuelta por las ropas del tren, estuvo en un pelo el no ser ella arrollada también... ¡pero ese tren iba y venía arrollando á diestro y siniestro ó era otro tren que ascendía pocos momentos después de la catástrofe!

Luego dice el reporter que por fortuna no sucedió así y recogió la citada guarda á la niña, á la que prestó los auxilios necesarios hasta que volvió en sí...

¡Esto es grandioso... una guarda que acude reúne los cachos de la niña, partida materialmente por la mitad, porque estos serán esos auxilios de referencia... arregla los pedazos, los une sin equivocarse de sitio de colocación y la niña vuelve en sí... Gracioso hubiera sido si cambiara el sitio de unión de los pedazos! y si no hubiera sido extraño porque la guarda la su ponemos sin conocimientos anatómicos.

Lástima de tren del Lazareto, con ropa de invierno, cargado de mercancías, por ejemplo, lingotes de plomo, que hallará al reporter descuidado y la guarda dormida...

PARIS.

Hágase justicia

Una vez que está en el ánimo del Gobierno sanear la administración de los pueblos apartando de ella á esos elementos podridos que se llaman caciques y que el presupuesto municipal les ha servido hasta ahora para satisfacer sus medros y ambiciones personales, disponiendo de los ingresos del mismo cual si se tratara del alquiler de una casa de su propiedad, nada más justo que el Excmo. Sr. Gobernador de la provincia, D. Manuel Cano y Cueto, distinguido y laureado poeta y amante de la moralidad social, política y administrativa, se fije con algún detenimiento de lo que pasa en el desgraciado pueblo de Los Barrios, condenados sus vecinos, de bastantes años á esta parte, á vivir esclavizados y sujetos al férreo yugo con que les oprimen sus gobernantes, llámense unas veces liberales, llámense otras conservadores, de los que acudilla al nunca bien ponderado por todos conceptos D. Lorenzo Fernández Gómez, Diputado provincial en la actualidad. Si, este caciquillo que sólo reúne condiciones de inepti-

SECCIÓN DE JEREZ

EL MONTE IMPIO JEREZANO

Sr. Director de EL PUEBLO.

tud para todo aquello que es noble, generoso y engrandece al hombre, reúne en cambio gran actividad para proponer y obrar en cuanto al mal se refiere. Si, este caciquillo, repetimos y pervertido cual no otro, acaba de cometer en estas elecciones municipales últimas, de acuerdo con sus consortes políticos y el actual alcalde y secretarios liberales, las mayores atrocidades para presentarse en esta capital dándose pisto diciendo que ha ganado las elecciones; mejor dicho, que el monopolio del presupuesto municipal no lo ha perdido, del cual viene disfrutando hace tiempo, en amigable consorcio.

¿Y esto es posible que V. E. lo tolere? Nosotros en este particular tenemos formada una opinión muy favorable á V. E., puesto que lo hemos visto obrar con energía en estas elecciones municipales últimas, para que fueran sepultados todos esos elementos gangrenosos (como en efecto ha ocurrido) que tanto dañan y perjudican á las administraciones de los pueblos. Si por circunstancias que no son del caso decir ahora, todo el rigor y energías de que se encontraba revestido en las vísperas de dichas elecciones, no pudieron llegar, donde más falta hacían precisamente, justo es que como recompensa á sus buenos deseos, evite por todos los medios que la Ley le concede, que las más escandalosas y donde más se ha atropellado la ley electoral prevalezcan, dándoles su aprobación la Excm. Comisión provincial. Lo que sucede en Los Barrios no es la lucha leal y franca de los partidos por ambicionar el poder; es todo el pueblo en masa por sacudir la tutela á que lo tienen sometido hoy D. Felipe Vazquez, alcalde liberal y mañana D. Lorenzo Fernández poniendo un Ayuntamiento ad-huc que le resuelva algún otro asunto por el estilo del que le resolvió en esta última etapa conservadora, perjudicando al fondo de propios en 24.000 pesetas como participe en el arriendo de los consumos. No, Excmo. Sr., no crea V. E. que hay en aquella villa por parte de sus vecinos deseos de ser concejal ó alcalde, este ó el otro individuo; nada de eso, lo que quieren aquellos honrados ciudadanos es que el dinero que ingrese en las arcas municipales se gaste y distribuya equitativamente con arreglo á las leyes; que el caudal de propios que lo constituyen entre otras cosas, 43 dehesas de alcornoque y representa por tanto una inmensa riqueza de corcho, fruto de bellotas y aprovechamientos leñosos, se administre como es debido, para que los rendimientos é ingresos en las arcas municipales no se reduzcan á cero, como sucede hoy; para que en fin, no se lleve á cabo los hechos escandalosos que en este ramo están pasando con el actual contratista de leñas don Juan Henri, íntimo amigo del alcalde y de don Lorenzo Fernández; para que, en una palabra, se pueda respirar en aquel apartado rincón una atmósfera más pura, más diáfana, desinfectándolo por haber echado fuera de las Casas Consistoriales esos focos de inmundicia que están allí estancados, y que amenazan con la desaparición del vecindario, iniciándose una enfermedad que pudiera llamarse robl-anticolérica, nueva en la ciencia médica.

Cádiz, 8 de Junio. 1899.

MANUEL GARCIA.

AL SR. GOBERNADOR

Llamamos la atención de V. E. sobre un asunto de relativo interés para muy dignas personalidades pertenecientes á la respetable clase del magisterio.

Para 1.º de Mayo, es decir, hace mes y medio, se citó debidamente por V. E. como fiel observador de la ley, á la Junta provincial de instrucción pública y no concurrieron más que algunos señores vocales.

Volvióse á citar y tampoco se sirvieron concurrir, con grave perjuicio del servicio público, la instrucción y los interesados.

Uno de los vocales que no concurren á ninguna citación, es el beato exlibrepensador y exrepblicano Sr. Garcia Ramos, á quien se debe eliminar y dejarlo con las hermanucas de las papalinas y los hermanucos de los babis y nombrar á una persona ilustrada y amante de la educación laica.

Lo mismo debía hacerse para cubrir la vacante del Sr. D. Antonio Jiménez Mena, que trasladó su residencia á Bornos.

Los demás señores todos concurren á excepción fortuita del Sr. Inspector que está girando visita en el campo de Gibraltar.

Siendo V. E. una persona de reconocida ilustración, confían los interesados en que atenderá sus súplicas y nosotros así lo esperamos.

Muy señor mío y respetable amigo: En mi anterior artículo daba á luz pública varias poderosas razones para hacer comprender clara y terminantemente que el tasador del Monte de esta localidad, ni tiene principios, ni estudios, ni conocimientos sobre el delicado puesto que tan sin razón ocupa, y por lo tanto ni ha sido nunca tasador, ni lo es, ni podrá serlo jamás, pues ya es Pedro viejo (si nó para cabrero) si para aprender á justipreciar piedras preciosas. Como parece ser que aún no son suficientes las muchas denuncias que hasta la fecha llevo publicadas sobre la ineptitud é inexperiencia del impopular perito de la casa Monte, procuraré exponer todas aquellas que me sean posible recordar, pues son tantas que no es cosa sencilla el poderlas citar en un determinado número de tiempo.

Pero sin embargo citaré algunos casos que han tenido efecto en el Monte de Jerez, y juzgue luego de la manera más cuerda que tengan por conveniente aquellas personas á quienes les interese el desarrollar los comentarios.

¡Agua va!

Hace algún tiempo se personó un individuo en el despacho de la tasaduría del Monte con el objeto de empeñar un lote que lo componían varias alhajas de brillantes y perlas, todas ellas de buena calidad y respetable valor; el portador del indicado lote exigía la cantidad de tres mil pesetas, pues bien podía valuarse todo por el minimum en cinco mil pesetas.

El señor tasador (ó lo que sea) no sé la tasación que haría á su manera, lo cierto es que no ofreció más que mil ochocientas.

Como es natural no se efectuó la operación. Al inmediato día fué llevado el lote al Monte de Cádiz y en él quedó hecha la operación, no en las tres mil pesetas que su dueño pedía, sino en tres mil seicentas.

Vaya otro caso.

Un individuo á quien cuento en el número de mis mejores amigos, posee una sortija con un brillante de bastante tamaño y regular clase; en un día de necesidad de fondos, determinó empeñar la indicada prenda, para cuyo efecto la remitió al Monte y acto continuo percibió como préstamo 750 pesetas.

Al pie de la papeleta aparecía el aprecio hecho en 1.000.

En esto hay que hacer justicia al eminente perito, pues si la prenda la valuaba, según sus conocimientos, en 1.000 pesetas, estuvo muy cuerdo y justiciero al dar por su empeño 750, ó sean las dos terceras partes de su intrínseco valor, según marcan los estatutos del establecimiento.

Pero como aún no he finalizado mi historia, veremos si más adelante se le puede conceder justicia ó hacerle sentir todo el peso de la censura.

Al mes (no completo) se desempeñó la alhaja, pero como á ninguno en este mundo nos sobra el dinero, exceptuando los potentados ó los favorecidos por esa señora tan nombrada pero que muchos no la conocemos, llamada fortuna, hé aqui que á los diez ó doce días hubo la imperiosa necesidad de que volviera la sortija á la casa de la calle de Francos, pero ¡oh sorpresa! ¡Oh desengaño! La sortija ya no valía lo que antes, pues el perito del establecimiento no ofreció por ella nada más que 400 pesetas.

En balde fué el exponer cuantas reflexiones y razonamientos fueron del caso para hacerle comprender lo disparatado de su oferta, comparándola con la cantidad que por el mismo objeto había satisfecho días antes.

Pero ni por esas.

El señor tasador no tuvo más lógica ni más razón convincente, sino decir que no daba más dinero porque no le daba la gana.

Palabras auténticas.

Y, ahora pregunto yo:

¿Qué desmembración puede tener en su valor y en tan corto número de días una alhaja que no se pica, ni se gasta, ni se desperfecciona, aunque por ella pasen siglos y siglos? Ninguno.

Lo más fácil, lo que yo veo más comprensible, es que en el transcurso de estos días los ojos del fiel justipreciador pudieran tener algún desperfecto debido á una de las muchas irritaciones tasadorescas.

Otro caso que no deja de ser chistoso, y por lo mismo, no quiero dejar en el tinero, es el que á continuación cito:

También se trata de una persona con el cual puedo atestiguar la veracidad de mis palabras si preciso fuere.

Se trata de otra sortija con un brillante, nó de la categoría del anterior, de dimensiones más recogidas y de no poco valor.

Al presentarse la prenda á que me refiero á la vista del tasador (¡quí fué Troya!) la examinó muy detenidamente (por supuesto con ayuda de su gran cristal de aumento) y después de algún más tiempo del que es necesario para deliberar sobre una prenda de poco valor, y haciendo una demostración de satisfacción, todo hinchado y enronqueciendo la voz al estilo de Huetano, dijo.

—Esta piedra está muy bien imitada, pero no es brillante; esto es un topacio brasileño; únicamente puedo dar por su empeño con arreglo al valor que arroje el oro que tiene la montura ó sean 12 pesetas con 50 céntimos.

Hombre, hombre, hombre. ¿Conque un topacio del Brasil? Otra vez que se le ofrezca dirá que es de Bohemia ó de la Gran Bretaña.

El señor tasador habrá observado (si es que sabe observar), que los topacios brasileños no compiten ni con mucho con un brillante por endeble que éste sea en calidad, pues si bien es verdad que el topacio del Brasil tiene transparencia y destellos, pero su color por suave que sea y su estilo de labor dejan mucho que desear comparado con el brillante.

Pero ¿á qué perder un tiempo precioso en explicar y dar lecciones al que debía de saberlas dar?

¿Sabe el señor tasador la cantidad de facetas que contiene un brillante de doble labor?

No.

¿Conoce el señor tasador las que contiene un brillante de labor sencilla.

Tampoco.

¿Tiene aprendido el que se titula tasador las que debe de tener un diamante rosa?

No y mil veces no.

Un sinnúmero de preguntas de la índole de las anteriores, puede hacerse al tasador, en la seguridad que solo daría la callada por respuesta.

Pero en cambio, si se le pregunta si hay puntas de oro para veinticinco quilates, dice que sí, y que él las posee.

Fijense en este gracioso detalle las personas que sean inteligentes en el asunto de que se trata, y díganme si el patron San Eloy autorizó más oro que el de veinticuatro quilates.

No le falta más al protagonista de mi historia sino asegurar que hay metal blanco de quinientas milésimas y plomo de diez quilates.

Si son insuficientes las pruebas á que someto al señor tasador, insistiré en otro número, pues en este ya me he extendido más de lo prudente y no quiero ni debo abusar de una amabilidad tan incomparable, cual es la del señor director del periódico, ni mucho menos dispongo de todo aquel tiempo que deseo; mis ocupaciones son muchas y el tiempo es dinero, sobre todo á los que vivimos del fruto de nuestro trabajo, y nó del sabroso tanto por ciento en el despacho de una tasaduría.

Hasta otro número se despide de usted, señor director; su más afectuoso amigo, seguro servidor q. s. m. b.,

UN ARTÍFICE.

Jerez 4 Junio 99.

EL JESUITISMO IMPERANTE

Dice un periódico:

«Ayer terminaron los exámenes oficiales en el colegio de San Luis Gonzaga del Puerto de Santa María, que dirigen los PP. Jesuitas. La comisión de catedráticos de este Instituto Provincial regresó á esta después de haber celebrado cerca de quinientos actos de exámenes.»

Nada menos que QUINIENTOS ALUMNOS han presentado á examen los jesuitas que tienen establecido su colegio en el Puerto, cuyos Reverendos Padres no tienen en su abono más que su cualidad de tales, puesto que su suficiencia para dedicarse á la enseñanza no la han acreditado ante ningún tribunal competente.

En cambio existen, lo mismo en Jerez que en las demás poblaciones de la provincia que aportan su contingente al colegio expresado, unos cuantos colegios particulares á cuyo frente se hallan personas competentísimas y que disponen de docto personal para la enseñanza, que arrastran una vida miserable desde que los Reverendos Loyolas, con su espíritu absorbente y validos del confesonario y de otros medios conocidísimos, han acaparado

la enseñanza de una juventud que saldrá de sus aulas más dispuesta á la intransigencia y errores del fanatismo religioso que apta para las profesiones que requieren verdaderos conocimientos científicos.

Porque hay que tener presente que no pasa de ser una creencia vulgar, totalmente desmentida, la de que la Compañía de Jesús es el refugio de todos los sabios y de todas las eminencias. En España hoy por hoy no cuentan más que con un Fita, con buenos conocimientos arqueológicos, y sin embargo puesto en ridículo ante los sabios extranjeros por su informe sobre los restos del apostol Santiago, que nunca estuvo en España; y un Coloma, hasta cierto punto pasable como novelista; lo demás es solo un mito creado por la misma Compañía en provecho de sus intereses, que no necesitamos ir muy lejos para desmentir.

¿Cuántos varones notables han pasado por las residencias de Jerez y el Puerto en el tiempo que hace que tenemos la horrible desgracia de contarlos como huéspedes?

Respondan por nosotros los Ceuranos, los Cadenas, los Cermeños, los Barrados y tantos otros como van pasando por estas poblaciones, sin dejar más recuerdos, como hombres, que los que se conservan de algunas otras vulgaridades grotescas del clero, como el Padre Roteño, por ejemplo, aunque no con tan buena fé como aquellos curas de misa y olla; y como jesuitas, los amargos recuerdos de unas cuantas familias en cuyo capital clavaron sus garras, dejándolas por puertas.

¡Buena generación nos están preparando entre el colegio del Puerto, la universidad de Deusto y demás centros de la maldita Compañía!

CANALLADAS JESUITICAS

Los Sres. A. R. Ruiz Hermanos.

Como estos Sres. Ruines han visto que les ha sido imposible humillar á los obreros que se declararon en huelga y someterlos á su jesuitica y autoritaria voluntad, andan todos dados á los diablos, y han discurrido un plan que con pocas probabilidades de éxito han empezado á poner en práctica.

Como medio de contrarrestar los efectos de la unión de los obreros—que hasta ahora no han pedido nada que no sea justo—andan rodando por todas las casas exportadoras, sombrero en mano y arrastrándose por los suelos, por ver si consiguen que los exportadores se unan al solo fin de oponer resistencia á las pretensiones que para su mejoramiento puedan formular los trabajadores.

Par fortuna no será fácil que la respetable clase de exportadores se presente á secundar la iniciativa de los Ruines, que tendrán que lamentar un fracaso más en este asunto, de que vienen siendo los tristemente célebres protagonistas.

Sigan, sigan con su Beato Julián, con su seráfico Amador el torero, con su Pata é palo, Cerdo en pié y demás compañeros de esclavitud, que tiempo llegará en que hallen su recompensa, porque no en balde se hacen las malas acciones.

A los señores propietarios de fincas

FÓRMA ILEGAL DE COBRANZA

Llamamos la atención de los dueños de fincas sobre las cuales gravan censos á favor del Estado sobre la manera algo irregular como viene cobrando los réditos anuales el administrador de propiedades y derechos del Estado. Los interesados satisfacen las anualidades

vencidas, y el funcionario con pretextos de la falta de material, da en vez de la carta de pago, recibos parciales á cangear cuando él crea oportuno.

Esto para el empleado público será la cosa más natural y corriente, pero para los interesados no lo es nada. Es un destino el de la Administración de propiedades sugeto como otro cualquiera, á las alternativas de la fortuna, según la influencia política de que se dispone; y á lo mejor puede resultar una cesantía y el estado insolvente del cesante sumir en la amargura del desengaño á los cándidos que creyeron en la eficacia de un compromiso personal, única garantía que pueden prestar esos recibos parciales que el Sr. Administrador expide.

La experiencia es el gran libro donde el hombre aprende.

¿Quién no recuerda aquel célebre agente ejecutivo que también daba los recibos parciales?

Pues basta ese recuerdo para ver que hablamos con sobradísima razón, sin que por esto se entienda que nuestra intención sea desconfiar de la personalidad que hoy ejerce el cargo de Administrador de propiedades, pero la forma no es legal y los casos se repiten con frecuencia y hay que ser previsores, y sobre todo nada más justo que al hacer efectivas las anualidades de réditos vencidas, se facilite á los interesados la carta de pago expedida en forma y como marca la Ley. Lo demás no lo creemos ni muy correcto ni de seguridad absoluta como requiere la formalidad del caso.

Los dueños de fincas vencidas que hayan de pagar censos del Estado deben exigir la carta de pago expedida en legal forma, y rechazar esos recibos parciales, que sólo llevan la garantía personal del que los expide. Y como la personalidad aún aquella de más alta garantía se halla sujeta á las vicisitudes y contradicciones de la vida y ni esta puede limitarse, la seguridad individual de cualquier funcionario no es bastante á sostener la confianza de los que tengan asuntos de interés pendientes del cargo público.

Sobre todo, el recuerdo de lo pasado es suficiente á robustecer la razón que nos asiste en este caso.

¡Aún todavía las mejillas de algunos desgraciados llevan la huella de las lágrimas que derramarou!

Aquellos pagos indebidos acreditados con recibos parciales, fueron ineficaces ante el estado insolvente del funcionario fracasado.

El nuevo agente ejecutivo con el material en su poder no hizo caso porque no podía hacerlo de las justas protestas de los interesados. El pago tuvo que hacerse de nuevo.

No digamos que ahora suceda lo mismo, pero lo mejor es evitar la ocasión.

¡Alerta, censatarios del Estado!

Al pagar los réditos exigir el resguardo definitivo en forma legal y auténtica y sinó dejar sin realizar el pago. Esto es lo que procede.

UN CENSATARIO.

EL MONTE IMPIO

NÚMERO 3

¿Cuál es la causa de la prosperidad de las casas de empeño establecidas en Jerez y de la continua creación de otras nuevas?

Que el Monte impio, que la cueva de la calle Francos no responde al objeto de su fundación. Que mientras su dinero se emplea en operaciones mercantiles, que mientras sus empleados disfrutan de ricas prebendas y gastan y triunfan; que mientras allí no se hacen operaciones más que como los mangoneadores quieren y se cobran unos intereses exorbitantes; que mientras dicha cueva no está abierta para el público más que dos ó tres horas, y notodos los días, las demás casas de empeño procuran dar todo género de facilidades para que el público acuda á ellas.

Querrán hacerse cómplices de estas iniquidades los nuevos directores de la cosa pública en la localidad?

Veremos.

LOS CONFITEROS

A la hora anunciada en la convocatoria se celebró la reunión de confiteros, el domingo pasado.

Concurrieron al acto las autoridades y las representaciones de los diferentes gremios asociados.

El compañero Miguel Bustillo, presidente de la comisión organizadora,

abrió la sesión, y concedió la palabra al compañero Tallafigo que leyó un correcto escrito, del cual nos tomamos la libertad de copiar el siguiente párrafo:

«De poco tiempo á esta parte se está dando un conmovedor espectáculo, y es, que si hoy por desgracia se muere un obrero de cualquier gremio, todos sus hermanos, sin distinción de gremios se unen al pesar de la familia y lo acompañan hasta su última morada.

»Y no es que el obrero de hoy sea otro que el de ayer, es que hoy están asociados y la sociedad dignifica al hombre.»

Como éste tuvo párrafos admirables y por lo que al final fué bastante aplaudido.

Después se dió lectura al proyecto de reglamento, que quedó aprobado por unanimidad, puesto que ningún compañero dijo nada en contrario.

Y no habiendo más asunto de que tratar se levantó la sesión.

UN COMPAÑERO.

LOS BARBEROS

Con dificultad se encuentran unos obreros que menos disfruten en este valle de lágrimas.

Echan mano á trabajar todos los días y en particular los de fiesta apenas Dios amanece.

Dan de mano todos los días, y en particular los de fiesta, cuando al maestro le conviene.

Almuerzan y comen todos los días cuando pueden, teniendo en cuenta que la mayoría de las veces no pueden á ninguna hora, pasándose el día en claro sin comer, ó con una sola comida, y ésta fuera de hora, por lo que viene á resultar que todos ó casi todos los barberos padecen del estómago.

El sueldo que ganan es bastante corto, con el cual no tienen para cubrir sus necesidades.

Algunos pueden ir tirando por las propinas de los marchantes y esto es si al final de la semana no tira el maestro de una parte de éstas, como hacen algunos.

Hace tiempo acordaron todos los maestros cerrar las tiendas los domingos y días de fiesta á las cuatro de la tarde, dándole así algún descanso á los operarios, pero duró muy poco; los menos escrupulosos las dejaban abiertas después de haberlo acordado y por esa razón hoy no cierra ninguno.

Total, que ellos hacen lo que quieren; pero el obrero es el que pierde.

Por eso al pensar como han pensado en asociarse, hemos dicho para nosotros: ese es el camino de que no lo exploten, de ese solo modo conseguiran lo que pretenden; hora fija para entrar, para comer y para dar de mano.

Nada más justo, ni más fácil de conseguir estando unidos.

La unión es la fuerza; conque á asociarse.

NO HACE FALTA

Según nos hemos enterado, un caballero de esta localidad abrirá muy pronto una suscripción, encabezándola con 4.000 pesetas, para construir el deseado depósito para los pobres; pero no dentro del cementerio, sino fuera.

El depósito se hará frente por frente á la puerta del cementerio, es decir donde mismo tienen que esperar los cadáveres desde hace tiempo unas cuantas horas.

Solo variará en que en vez de tener que esperar en medio de la calle y al sol como viene sucediendo con escándalo, esperarán bajo techo.

También sabemos, que una vez construido dicho edificio, se colocará una lápida sobre la puerta principal que diga:

Depósito construido para los pobres cadáveres, cuyas familias no puedan pagar los quince reales.

Todo nos parece muy bien; pero nos falta añadir, después de aplaudir al caballero iniciador de tan cristiana idea, que no hace falta nada de eso, pues solo con decir á nuestro alcalde lo que viene pasando, él lo hará por cuenta del municipio como debe ser. No hace falta decirselo; con solo indicárselo es bastante; lo que hay que todavía no se ha enterado.

¡Pobrecito!

MORATINITO.

POR AMOR AL DINERO

Solo por esto trabajan los hipócritas ministros de la religión romana, y entre ellos se distinguen notablemen-

te el Pac Cristóbal de la parroquia de Santiago y su compañero el trabucaire Real.

El domingo dieron nueva prueba de ello, con motivo del entierro de la anciana madre de un albañil, al que asistieron unos 1.500 obreros. Fueron los dolientes á invitar al berraco sagrado (cosa que no debían hacer los obreros) por si querían ir con los chirimbolos del arte á *grunir* un poco por el camino y le dijeron á los dolientes que si no los pagaban no iban; que así como habían tenido para comprar una caja para recoger los restos de la difunta, que reunieran para... mantener esa trailla de bigardones que se pasan la vida tumbados á la bartola, diciendo necedades, refrescando beatas y engañando al prójimo. Y luego saldrán los arrimados á las sotanas gruñendo porque los entierros van sin los signos de nuestra... esclavitud.

No tienen ellos la culpa, sino los que malgastan el tiempo tan inútilmente llamándolos donde maldita la falta que hacen.

Nada; no se molesten los obreros; dejen á los berracos en sus berraqueras, y no se metan en llamarlos, que más vale que vayan ellos solos en los entierros que no con tan malas compañías.

Quejas de los obreros

Jerez, 5 de Abril del 99.

Sr. D. Ramon León Mainez.

Muy señor mio:

El que escribe esta carta es un pobre cortijero que se ampara á su buen corazón á fin de que liaga constar en su popular semanario los hechos siguientes:

1.º Se trata del cortijo del Barroso que lo lleva un D. Gabriel Mateos, inquisidor mayor, ayudado por unos gobiernos que hacen las veces de satélites.

Acontece lo siguiente:

Hemos estado en dicho cortijo desde Noviembre y hasta la fecha que llevamos cinco meses; no nos han ajustado cuenta.

Nos tratan con modales indignos de hombres blancos y la ganancia se asemeja á una pocilga de cerdos: el alimento escaso y pésimo y basta el gaspachero (cocinero) es un ente puerco y repugnante con los ojos lagñosos que á su solo aspecto se levanta el estómago y se quitan las ganas de comer el bodrio que codimenta.

Cuando nos ajustaron fué sobre la base de tres reales sin suplentes, (1) cosa nunca usada.

Es tan horrorosa nuestra situación que hacia V. una obra de caridad en significar en su periódico esta situación excepcional que nos coloca en el estado de los antiguos párias.

Puede considerarse el D. Gabriel Mateos y su aperador como los hombres más crueles y sin conciencia que puedan existir en toda la campiña agrícola de Jerez.

Además se registra el hecho anómalo de que dicho amo ha prohibido que vayan al cortijo ni barbero ni quincallero, así es que se ven hombres ancianos que no pueden acudir á la población con las barbas al pecho, llenos de miseria y sin poder comprar una mala prenda, porque no yendo los vendedores por el cortijo se ven en la necesidad de estar llenos de andrajos.

Lo anticipa las gracias su seguro servidor q. b. s. m.,

UN OBRERO.

(1) Un hombre que está para suplir en el apero á los que se les ocurre una necesidad corporal, ante la imposibilidad de suspender la faena.

NUEVA FARSA

LAS REPARADORAS

La célebre Julieta, esa exboticaria beata nos ha importado de Sevilla la nueva plaga de las reparadoras, que nada tienen que reparar aquí como no sea su estómago.

Se exhiben ellas en la capillita de la calle de Zaragoza, para lo que ustedes gusten mandar.

Se presentan esas mujeres con grandes capuchones blancos y un paño del mismo color que les tapa la cara.

¿Tan feas son?

¡Habrá cosa más ridícula! Resguardadas por una vejiga de hierro (para que no atenten quizás á su fealdad), sentadas y rezando, con voz gangosa y tono plañidero, parece que son almas en pena.

Y ¿para qué? Para tributar culto al niño de la Julieta, ese juguete de niño chiquito!

Para adorar á Dios se debe presentarlo en toda su grandiosa majestad, no en esa forma ridícula!

Y una pregunta.

¿Para qué sirve la puerta de escape de la calle de la Torre? ¿Hay gato encerrado?

¡Y para esto se gastan el dinero los aristócratas de Cádiz, cuando hay dos mil obreros parados; y para esto se arruinan los industriales á quienes se les ha arrojado de sus casas!

¡Cuanta farsa á nombre de la religión, á la que ponen en ridículo!

UN CRISTIANO DE VERDAD.

TRABAJO Á LOS OBREROS

Sr. Director de EL PUEBLO.

Parece que los cabos de municipales tienen un empeño especial en que los obreros no puedan hablar ni acercarse al señor alcalde. En el Ayuntamiento no nos dejan entrar, como si fuera un delito ir á exponer nuestras necesidades y á pedir trabajo para mantenernos y dar de comer á nuestras familias.

Varios compañeros fueron á ver al señor alcalde anteayer en su casa, y un cabo llamado Expósito, no sólo lo prohibió, sino que pegó un empellón á un obrero; lo cual hay que evitarlo, porque de lo contrario, pueden esas inconveniencias dar motivo á graves disgustos.

Los obreros no van á molestar á nadie. Lo que piden, lo que quieren es trabajo para no morir de hambre y las autoridades tienen la sagrada, la ineludible obligación de proporcionárselo.

JOSÉ VAZQUEZ GARCIA.

UN BUEN CONSEJO

El que su negocio entienda y quiera tener clientes, expender debe en su tienda exquisitos aguardientes que la opinión recomienda.

¿La marca? No seas cansados, que el más torpe la adivina, son los ricos ansados que vienen de CONSTANTINA por ALVAREZ fabricados.

Los pedidos á su exclusivo representante en Cádiz

J. B. QUEJADA Y MALDOQUI.